

Los problemas de la integración social: el caso de los empleos femeninos y masculinos de fácil acceso

Cecilia Montero Casassus
CADIS-CNRS, Francia; CIEPLAN, Chile

Introducción

El problema social más recurrente y más reactivo a encontrar soluciones permanentes, es el de la pobreza. Frente a ella, los gobiernos diseñan políticas, más o menos progresistas, que se orientan a disminuir sus efectos y a paliar sus consecuencias en el corto plazo. Mucho se ha avanzado en cuanto a la identificación de los grupos sociales más afectados, ya que las encuestas permiten identificarlos sobre la base del tratamiento cruzado de variables sociodemográficas (Raczynski 1992). La explicación clásica es que ciertas categorías de la población (mujeres, jóvenes, ancianos) tienen un limitado acceso al empleo remunerado, la educación y los servicios sociales, lo que les impide superar su condición.

Tras la búsqueda de correlaciones entre pobreza y ciertos indicadores sociales, está el supuesto de que aquellos individuos que presenten un mayor acceso a ciertos bienes lograrán salir de la condición de pobreza. Se razona en términos de capital humano: a mayor educación, mayor calificación y mejor nivel de salarios. Pero este razonamiento sólo se verifica en las categorías superiores de empleo. En los empleos inferiores, la educación formal tiene un efecto menos determinante. Se da el caso de que los obreros mejor pagados en una empresa no son aquellos que frecuentaron más tiempo el sistema escolar.

Una inserción exitosa en el mercado de trabajo es un proceso más complejo que los simples determinismos de las variables sociodemográficas. Ciertas características del funcionamiento de los mercados de trabajo de los países en desarrollo dan cuenta de la existencia de capas sociales que no logran una integración social y económica estable. Ellas son: importancia del sector informal, empleos precarios, alta tasa de rotación, inestabilidad de la ocupación, legislación laboral insuficiente. A estas características globales hay que agregar la escasa codificación de las normas de acceso y de carrera para un número importante de profesiones o actividades.

Lo anterior plantea un problema de orden metodológico. El análisis estadístico provee información sobre el posicionamiento de la población respecto de un cierto número de variables en un momento dado. En otras palabras, las encuestas y los censos nos indican órdenes de magnitud, pero no permiten estudiar los mecanismos sociales concretos que explican por qué algunos individuos de un mismo origen logran insertarse en la economía, y otros quedan al margen o son excluidos. Una forma de conocer los hechos y procesos que están en la base de las clasificaciones sociales, es recoger información cualitativa sobre los orígenes y trayectorias de las personas que ocupan determinadas posiciones. Estos datos, de tipo longitudinal, permiten reconstruir los caminos del éxito o del fracaso en el proceso de inserción social (Dupaquier 1986).

En economías con niveles de empleo inestables, con tasas de desocupación que permanecen altas, con un importante sector informal y con empleos asalariados precarios, el mercado del trabajo constituye el espacio social donde se deciden los destinos sociales. Esto se aplica en forma particular a las categorías de la población cuya inserción económica no depende de una dotación relativa en recursos (capital, educación, contactos), sino de la simple venta de la fuerza de trabajo en un mercado competitivo.

En este trabajo se propone una caracterización de los empleos de fácil acceso desde el punto de vista de las posibilidades de integración social que ellos ofrecen. Hemos tomado los empleos más accesibles para mujeres y hombres sin calificación: el servicio doméstico y la construcción. Ambos presentan características comunes: facilidad de entrada, salarios bajos, inestabilidad laboral, escasas perspectivas

de carrera. Pero más allá de las características económicas de estos empleos, nos interesa resaltar que ellos son ocupados por poblaciones, tradicionalmente jóvenes y migrantes, que viven en el límite entre la integración y la exclusión social.

A través del análisis de los orígenes biográficos de los hombres y mujeres que ocupan estos empleos y de sus destinos posibles, buscamos mostrar, por una parte, la importancia que tienen las trayectorias ocupacionales para la integración social; y por otra, la diferenciación por sexo de las posibilidades de carrera en el mercado de trabajo urbano.

El análisis se basa en un conjunto de historias ocupacionales recogidas en Santiago y Valparaíso en 1989, utilizando la técnica del método biográfico.¹ Luego de introducir en forma breve las posibilidades y límites del uso de la biografía en ciencias sociales, se presentan los principales resultados, comenzando con una caracterización de la población que trabaja en empleo doméstico y como obreros de la construcción. Luego se comparan ambos empleos desde el punto de vista de las formas de trabajo asalariado que representan, de los canales de movilidad profesional que abren, y del tipo de representaciones y proyectos con que viven ambas poblaciones.

1. La biografía como método

El uso de la biografía como método de recolección de datos en las ciencias sociales ha tenido sus altos y bajos. A pesar de ser un método bastante antiguo, pues ya lo utilizaban W. Thomas y R. Park en la Escuela de Sociología de Chicago en los años veinte, no fue adoptado oficialmente como técnica de investigación en las cátedras de sociología. Durante el período de mayor desarrollo de la disciplina, los años cincuenta y sesenta, el énfasis se puso en los métodos cuantitativos, en un afán por conquistar criterios de cientificidad. En años recientes se ha comenzado a reconocer los límites de dichos métodos. El hecho es que las ciencias sociales, y en particular la sociología y sus métodos, surgen como alternativa a la literatura y a la filosofía social, pero a la vez conservan muchas de sus características (Lepenies 1990). La versatilidad del método biográfico, el que puede ser utilizado eficazmente en el periodismo, la literatura, la antropología e incluso la demografía, no le ha impedido ganar terreno como técnica de investigación sociológica (Courgeau y Lelièvre 1989; Peneff 1990).

La tendencia que se está imponiendo actualmente en las ciencias sociales europeas es utilizar cada vez más aquellos enfoques que mejor restituyan la complejidad de lo social, y no reducirlo a ciertas dimensiones explicativas. La búsqueda de relaciones causales se abandona y se prefieren las reconstrucciones, aunque parciales, de realidades históricamente determinadas. Por otra parte, existe conciencia de que los destinos individuales no siguen trayectorias lineales y continuas. Como bien lo expresa M. C. Bateson (1990), antropóloga e hija de Margaret Mead:

En una sociedad estable, hacer su vida es como construir una casa en forma tradicional: se conocen los materiales, se usan habilidades manuales conocidas. Hoy los materiales y habilidades útiles para la vida no están claros. No es posible seguir los pasos de la generación anterior. Hay que improvisar, y recombinar elementos conocidos de nuevas maneras. . .

En las sociedades modernas, la vida es un trabajo continuo de composición, de invención de soluciones y combinación de recursos. De ahí la necesidad de que las ciencias sociales restituyan la complejidad del proceso de integración social.

En América Latina, esta técnica comenzó a ser conocida a principios de los sesenta, con la publicación de *La antropología de la pobreza* y de *Los hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis. A pesar de su gran impacto, estas obras no influyeron decisivamente, ya que su uso en ciencias sociales es bastante reciente. Hasta la fecha, las ciencias sociales han estado más interesadas en recoger datos estructurales y en el estudio de los movimientos sociales.

Contrariamente a lo que ocurrió en la sociología europea, donde el método biográfico se ha aplicado principalmente a poblaciones industriales, los cientistas sociales latinoamericanos lo han utilizado en estudios sobre la pobreza y la marginalidad (Benavente 1985), y más particularmente en los estudios sobre la mujer (Mack y otros 1986, Valdés 1989, García y Oliveira 1991).

Ciertas características de las sociedades latinoamericanas explican la pertinencia, cada vez mayor, del uso del método biográfico en la investigación empírica. Hay que recordar que los métodos cuantitativos en las ciencias sociales fueron elaborados en los países industrializados como forma de medir los comportamientos y la distribución de ciertas variables en poblaciones que presentaban una cierta homogeneidad, con reglas relativamente estables y con una codificación creciente de las relaciones sociales (derechos cívicos, derechos laborales, derechos de la mujer, etc). En los países en desarrollo, estos supuestos no tienen la misma validez.

En muchos aspectos se puede decir que los países latinoamericanos son sociedades y Estados en formación. A pesar del avance de los regímenes democráticos, la ciudadanía es limitada y no tiene bases sólidas. La inestabilidad de la vida política se ha expresado en continuas rupturas a la institucionalidad, lo que ha tenido como efecto un proceso discontinuo, de avance y de retroceso, en la definición de un sistema político-institucional estable. El cambio brusco en las reglas del juego ha colocado a las poblaciones asalariadas en situación de inestabilidad, en la medida en que se alteran las bases jurídicas de su estatuto.

A lo anterior se suman las continuas crisis económicas, con largos períodos de hiperinflación, de alto desempleo y de caída de la protección social del Estado. En contextos políticos y económicos de esta índole, adquiere mayor importancia que en economías estables el despliegue de las llamadas *estrategias de sobrevivencia*. Esta expresión indica que el sistema económico no está ofreciendo oportunidades y canales claros de integración, lo que obliga a los individuos a crear sus propios empleos o fuentes de ingreso. Dichas estrategias no se limitan al sector pobre de la sociedad, sino que también han afectado a las clases medias y a las clases empresariales (Montero 1990).

En los últimos diez años, un gran número de países ha aplicado políticas de ajuste y están experimentando una reconversión exportadora. Las reformas económicas conllevan la desaparición de sectores tradicionales de actividad y el surgimiento de nuevas actividades dinámicas y orientadas a los mercados externos. Todo ello incide en los comportamientos demográficos (migraciones, movilidad), en las tasas de participación y las tasas de actividad de la fuerza de trabajo secundaria.

El conjunto de estos procesos, unido a las características estructurales de los mercados de trabajo latinoamericanos, hace más complejo el análisis de la estructura del empleo. A la velocidad del cambio social se agrega la diversidad de mecanismos de sobrevivencia y de integración social. Las técnicas cualitativas, y en particular el método biográfico, permiten, con un ahorro de tiempo y de recursos, conocer la complejidad de los modos de inserción individual en este tipo de sociedades. La información de tipo longitudinal restituye los hechos sociales pasados que configuran un campo de oportunidades individuales.

En este trabajo se propone una caracterización de las perspectivas de integración y de movilidad social de hombres y mujeres de sectores populares, basada en la lectura de sus biografías ocupacionales. El estudio de las historias individuales no autoriza una validación de los determinismos sociales de la movilidad, en la medida en que un conjunto de biografías no constituye una historia colectiva. Ellas sirven, sin embargo, para identificar variables o puntos de inflexión decisivos en una trayectoria individual, variables que pueden ser significativas para un grupo.

Hemos utilizado el método biográfico, en forma complementaria al análisis estadístico, en una serie de estudios sobre mercados de trabajo sectoriales.² La recolección de biografías ocupacionales en dichos estudios se hizo con una intención descriptiva, pues fueron diseñados para recoger información sobre las modalidades de acceso al trabajo asalariado y la identificación de canales de movilidad profesional. En esos estudios la biografía se focalizó en la dimensión ocupacional, abordando en forma secundaria otros aspectos.

En los datos presentados aquí buscamos dar un paso más, al comparar las biografías ocupacionales de dos grupos sociales, las empleadas domésticas y los obreros de la construcción, con el objeto de identificar los factores y mecanismos de la inserción laboral, de la movilidad profesional y de la construcción de la identidad social. La pregunta que guía el análisis es la de conocer cómo se construyen los destinos sociales de aquellos individuos que se encuentran en situaciones económicas precarias. El contraste y la comparación entre el sector de empleadas domésticas y de trabajadores de la

construcción permite mostrar la estrecha relación que existe entre inserción laboral y condición social. A su vez, la condición social no se puede entender sin considerar la diferenciación por género.

2. Empleo masculino de fácil acceso: obrero de la construcción

La construcción es una actividad intensiva en mano de obra que ofrece oportunidades de empleo a la población masculina de las ciudades que no tiene una calificación profesional, o que experimenta la necesidad de obtener un ingreso antes de finalizar la educación formal. Se trata de un sector altamente vulnerable al ciclo económico, debido a que su funcionamiento depende de la evolución de las tasas de interés y de la tasa de ahorro privado. En los países en desarrollo, el nivel de actividad de la construcción está asociado estrechamente también con el nivel de gasto público en vivienda y obras públicas.

La capacidad de la industria de la construcción de absorber y expulsar trabajadores en forma masiva ha quedado manifiesta durante el ciclo expansivo de los años 1979-81, la fuerte caída de 1982-83 y una franca recuperación de 1985 en adelante. La fuerza de trabajo ocupada en el sector alcanzaba a las 228.600 personas en 1981.³ Dos años después, en período de crisis, sólo 145.300 personas trabajan en el sector. El empleo se recuperó junto con la reactivación económica y los programas gubernamentales de vivienda subsidiada, llegando a las 225.600 personas en 1986.

Dicha evolución se experimentó en forma más dramática en Santiago, ciudad en la que se concentra cerca de 50 por ciento del total de la población ocupada. Así tenemos que en 1983 había sólo 48.900 personas ocupadas en la construcción, cifra que ascendió a 123.150 en 1988. La pregunta que surge es qué ocurre con esa cantidad de trabajadores que son expulsados o no encuentran trabajo, y que oscilaba en esos años entre 40.000 y 70.000 personas. Un sector importante de estos desocupados fue absorbido por los programas de empleo mínimo creados por el gobierno militar.⁴ En ellos el trabajador recibía un subsidio mínimo y realizaba tareas manuales de muy baja calificación (aseo, reparación de caminos, construcción de carreteras).

Los ciclos experimentados en el nivel de actividad y en el empleo tuvieron efectos duraderos en los asalariados. Así lo reflejan las biografías ocupacionales a través de las cuales se puede apreciar una llegada de obreros industriales expulsados por la crisis de la industria manufacturera, luego una salida de la construcción hacia empleos informales y el retorno a fines de los años ochenta, con lo cual se resiente el proceso de adquisición de una calificación. Los propios empleadores reconocen que el paso por los programas de empleo mínimo significó una pérdida de las calificaciones adquiridas previamente, con los consiguientes efectos en la productividad (Montero 1988).

En la actualidad, la construcción se encuentra en una fase de franco crecimiento. La fuerza de trabajo ocupada en el sector pasó de 280.900 personas a inicios de 1990 a 328.380 en 1992, aumentando su participación de 6,5 a 7,2 por ciento en dos años.⁵ El 49,1 por ciento de esa fuerza de trabajo se concentra en la Región Metropolitana, es decir, en la provincia de Santiago. Este aumento del empleo corresponde a la reactivación que se observa en el sector de la construcción desde el año 1987 y cuya tasa de crecimiento fue de 22,4 por ciento en 1991.⁶ Dicho crecimiento corresponde a una evolución favorable de toda la economía con un crecimiento anual de 6 por ciento, una tasa de inflación de 13 por ciento y una desocupación de 4,9 por ciento.

¿Cuál es el perfil del obrero de la construcción? La hipótesis clásica es que son los migrantes de origen rural los que alimentan en mano de obra el sector. Este operaría como actividad de entrada al mercado de trabajo urbano, que luego permitiría pasar a otros empleos. Es muy difícil verificar dicha hipótesis, pues supondría encuestar a los trabajadores de todos los sectores sobre su origen. En todo caso, las biografías recogidas indican que la construcción no recluta migrantes.

El análisis del origen sociodemográfico de 52 obreros que se encontraban trabajando en obras de construcción en Santiago y Valparaíso, demuestra que la migración ya no se dirige principalmente a la construcción, o bien, que los flujos migratorios rural-urbanos han disminuido considerablemente, pues ya no se reflejan en sectores de fácil acceso como es la construcción.⁷ Sólo 9 de los 27 obreros entrevistados en Santiago eran de origen rural y sólo 20 por ciento de los entrevistados que trabajaban en Valparaíso. El hecho de haber nacido en una región rural tampoco tiene incidencia en la trayectoria futura (salario, calificación, movilidad).

La construcción recluta, más bien, mano de obra originaria de la misma ciudad. La migración característica de los años cincuenta y sesenta, desde el campo a la ciudad, ha disminuido. En 1970 sólo 25 por ciento del flujo migratorio provenía de regiones rurales, la movilidad entre ciudades era de 40 por ciento (Raczynski 1979). No se dispone de estadísticas recientes de migración, pero se sabe que los flujos de población han cambiado de sentido. En los períodos de fuerte cesantía urbana se produjo un movimiento desde la ciudad al campo, con la excepción de la migración de las mujeres, que siguieron llegando al servicio doméstico en las ciudades.

La rápida modernización de la agricultura no ha producido, como en el pasado, un excedente migratorio. Esto se puede atribuir a varios factores. Por una parte, la proletarianización del trabajo agrícola no eliminó la agricultura tradicional, la producción campesina. Por otra, han surgido nuevas actividades, como la fruticultura de exportación y la agroindustria, que se desarrollan siguiendo un patrón intensivo en mano de obra. Se ha expandido el mercado de trabajo rural al cual tienen acceso los jóvenes y mujeres, tradicionalmente marginados del trabajo asalariado.

La entrada al empleo en la construcción es el resultado de un proceso progresivo de incorporación al asalariado urbano. La edad modal de ingreso a la vida activa, es 15 años. Por lo general, el muchacho comienza trabajando como ayudante de un pariente, como junior en el comercio o en los servicios. El primer empleo remunerado puede ser decisivo para la trayectoria futura, siempre que haya representado la base de una socialización profesional. Por lo general, ese primer empleo se abandona a los 18 años para realizar el servicio militar obligatorio. Son pocos los jóvenes que regresan a su familia y a su lugar de origen después del servicio. Es el momento de la independencia, pues ya se tienen proyectos matrimoniales. Terminadas sus obligaciones militares, el joven entra formalmente en el mercado de trabajo. Buscar trabajo, obtener una vivienda y vivir con su nueva familia, son proyectos que coinciden en el tiempo.

Se puede entrar a la construcción a cualquier edad; lo importante es tener la fuerza física requerida para labores manuales pesadas. Aunque el nivel de escolaridad de los trabajadores de la construcción es bastante elevado (de 8 a 10 años en promedio), en las obras la educación formal tiene poca incidencia. Entre el personal obrero, sólo el puesto de jefe de obra es ocupado por trabajadores con capacitación especializada y que tienen algún certificado de estudios.

La búsqueda de empleo en la construcción obedece a una motivación de sobrevivencia. No encontramos casos de trabajadores que hayan ingresado al sector por un interés personal en ese tipo de actividad. Se llega a la construcción por descarte, porque ahí no se exigen requisitos a la entrada. Luego la historia ocupacional es un relato de empleos sucesivos, de una empresa a otra, con algunas tentativas por trabajar en otros sectores (industria) o en forma independiente. La movilidad entre empleos es parte de la vida cotidiana de estos trabajadores. Las historias laborales parecen no tener una progresión clara. Deben ir siguiendo una obra tras otra, víctimas de la inestabilidad propia del oficio.

Sin embargo, una lectura más atenta de las biografías individuales muestra dos formas extremas de adaptación al mercado de trabajo urbano. Algunos individuos van de un empleo a otro, no mejoran su nivel de vida ni adquieren una calificación. Son los trabajadores al día, o *jornaleros*. Sus relatos se ajustan a las dimensiones básicas de una antropología de la pobreza. A pesar de su acceso al trabajo asalariado, sus ingresos son insuficientes, no logran adquirir una vivienda propia, atraviesan largos períodos en que están cesantes o trabajando en actividades informales. Pasan los años y ya no tienen posibilidades ni de progresar ni de salir de la construcción. Se encuentran así atrapados en el círculo vicioso de la necesidad de sobrevivir, que les impide desarrollar estrategias de carrera.

Otros, en cambio, parecen haber aprovechado una experiencia de trabajo que pueden valorizar en empleos sucesivos. Son los que se estabilizan en la actividad y logran adquirir una calificación. Encontramos en este grupo al grueso de los obreros calificados de la construcción, los *maestros*. Cuando un obrero de la construcción se define como electricista, gáster, carpintero o pintor, es porque ya ha adquirido un oficio. Esto significa que tiene un capital de conocimientos, aprendidos en la práctica, que puede negociar en el mercado de trabajo. Para estos casos, la calificación, entendida como la apropiación de un saber, es la principal vía de movilidad social.

Surge entonces la pregunta central de este trabajo. Tratándose de empleos de fácil acceso, con mercados de trabajo competitivos, ¿cuáles son los mecanismos de una trayectoria profesional exitosa?

O, dicho de otro modo, ¿por qué algunos individuos logran integrarse económica y socialmente, y otros no?

En un primer momento intentamos responder a estas interrogantes siguiendo el razonamiento clásico, que consiste en buscar correlaciones entre variables de origen (lugar de nacimiento, nivel de escolaridad, educación de los padres) y desempeño (salario, calificación, vivienda). Al no observar regularidades a este nivel, buscamos identificar, en las trayectorias mismas, algunos elementos de explicación. Esto significó indagar, en la sucesión de hechos de una vida individual, aquellos sucesos o procesos con efectos a futuro.

Las trayectorias profesionales relativamente exitosas, en cuanto llevan a una buena inserción profesional (salario, calificación) y a un mejor nivel de vida, encuentran una explicación remota y otra inmediata. En muchos casos, los antecedentes familiares remotos dan cuenta de hechos que facilitaron una entrada más profesionalizante en la construcción. Es el caso del obrero que, cuando niño, trabajó de aprendiz con su padre o con un pariente. Aunque haya pasado después por otros empleos, ese aprendizaje inicial le será útil más tarde. Una socialización temprana en el oficio, o bien el tener parientes o conocidos de la familia trabajando en el sector, lleva a considerar el empleo en la construcción como una oportunidad de movilidad profesional.

En la historia familiar se pueden encontrar también antecedentes que ejercieron un peso negativo. Es el caso de aquellos jornaleros que no logran superar niveles de sobrevivencia y que a menudo provienen de familias de origen desestructuradas. Hijos de madre soltera, huérfanos o bien hijos mayores que han tenido que mantener a sus hermanos. En estas situaciones la familia se convierte en un lastre más que un apoyo.

Existen factores más inmediatos que se asocian a una mejor integración. Estos se pueden percibir cuando se observan, en los lugares de trabajo, las formas concretas de aprendizaje profesional. Las actividades manuales que no requieren estudios previos, al no estipular mecanismos formales de aprendizaje, parecen funcionar aleatoriamente. Ocurre, sin embargo, que los propios trabajadores tienen reglas de funcionamiento tácitas, las que introducen segmentaciones muy claras entre los que saben y los que no saben, entre los que conocen los secretos del oficio y el resto. Son los *maestros*, y no los ejecutivos de la empresa, los detentores del saber. Ellos utilizan su discrecionalidad con los jóvenes sin experiencia. Una "buena relación" con un maestro es la llave para que el joven aprendiz pueda adquirir una calificación. Ello le permitirá observar detenidamente los modos operatorios del maestro y hacerle preguntas. El aprendizaje progresivo lo llevará a cambiar de posición en la obra: de jornalero pasa a ayudante y de ayudante a maestro.

Pero el mercado de trabajo no reconoce automáticamente el saber adquirido en la experiencia laboral, ya que no existe una carrera obrera oficial ni un sistema de clasificaciones reconocidas formalmente. En Chile no existe, como en Brasil y Argentina, la libreta de trabajo donde se consigna el oficio o la calificación. Tampoco existe un convenio colectivo que fije un sistema de clasificaciones y de tarifas.⁸ El empleador decide, en negociación individual, la categoría que dará al trabajador. Un obrero puede haber trabajado un año como maestro, pero será contratado como jornalero en la obra siguiente.

El proceso de reconocimiento de la calificación obrera pasa por canales informales. Por lo general, el obrero da a conocer sus habilidades entre sus pares y realizando trabajos, como maestro, en el sector informal. Progresivamente el propio obrero comienza a cambiar la visión de sí mismo, a adquirir una identidad profesional, la que se expresará ulteriormente en la negociación con el empleador.

En suma, en la fuerza de trabajo ocupada en la construcción se pueden distinguir dos grupos diferentes de ciudadanos. En el primero está el grueso de la categoría jornaleros y de empleados no calificados, para quienes el empleo en la construcción es uno más de los muchos que han tenido en un itinerario marcado por la inestabilidad; es una fuente de ingreso sin otra perspectiva que la de resolver el problema de la sobrevivencia. Al terminar cada obra, deben recomenzar su búsqueda de empleo y someterse a las reglas de una competencia donde tienen pocos derechos que hacer valer.

Un segundo grupo está formado por los maestros, y los obreros que están en vías de serlo, para quienes el empleo en la construcción significa ejercer un oficio.⁹ A pesar de que no tienen la certeza de un empleo estable, se identifican con un grupo profesional y se proyectan en ese sector para el futuro.

También enfrentan la inestabilidad en el empleo, pero están mejor armados para enfrentar la negociación y la competencia.

Se puede concluir entonces que los empleos de fácil acceso, como el de obrero de la construcción, a pesar de la inestabilidad que implican, pueden ser la base de una integración profesional exitosa. El joven que ingresa al sector puede adquirir una calificación, mejorar su ingreso trabajando como maestro y tener acceso a la vivienda propia, en la medida en que adquiera un cierto poder de negociación en el mercado de trabajo. También ocurre que el joven no logre calificarse y que pase toda su vida activa ocupando empleos mal remunerados. En los períodos de recesión puede que ambos, jornaleros y maestros, se encuentren desocupados o con muy bajos ingresos. Pero es importante señalar que la precariedad del empleo en la construcción no lleva necesariamente a la exclusión social y a la pobreza. Por el contrario, puede constituir un espacio de calificación.

En su forma actual (derechos laborales mínimos y escasa formalización de los oficios), el empleo en la construcción representa una forma limitada de inserción en el asalariado urbano, en el sentido de que uno o varios empleos no le garantizan al obrero una carrera futura. La vulnerabilidad del sector a la evolución macroeconómica y la inestabilidad propia de las obras, obligan al obrero a buscar otras formas de valorización de su capacidad profesional. El solo hecho de trabajar en la construcción puede ser la base de la adquisición de un oficio y, por esta vía, la base de una integración a la sociedad.

3. Un empleo femenino de fácil acceso: empleada doméstica

El servicio doméstico es el equivalente para la mujer de lo que es el trabajo en la construcción para el hombre. Se trata de una actividad inmediatamente accesible para las muchachas jóvenes sin calificación que llegan a la ciudad y que no cuentan con familia ni vivienda propia. Como primer trabajo, el servicio doméstico presenta ciertas ventajas, pues provee ingreso, habitación y alimentación, en la expectativa de pasar a un empleo mejor o de formar una familia propia. En teoría, este sector operaría de manera similar al de la construcción, como puente de entrada al mercado de trabajo urbano.

La ley define como empleadas domésticas de casa particular aquellas "personas naturales que se dediquen en forma continua, a jornada completa o parcial, al servicio de una o más personas naturales o de una familia, en trabajos de aseo y asistencia propios o inherentes al hogar".¹⁰ En las estadísticas nacionales de empleo esta categoría no figura como tal, sino incluida en la categoría más amplia de "personal de servicio".¹¹ Según la encuesta nacional del empleo, a mediados del año 1992 había 285.180 personas ocupadas en la categoría personal de servicio, es decir 6,2 por ciento de la población ocupada total del país.

Se han realizado algunas estimaciones que analizan, por una parte, el componente femenino del personal de servicio; y por otra, la clasificación según ocupaciones (empleadas, lavanderas, planchadoras). Sobre esta base, se estimaba para el año 1982 un número entre 180.000 y 207.000 mujeres con trabajo en el servicio doméstico (Todaro y Gálvez 1987). Es posible realizar estimaciones más precisas para el Gran Santiago, basadas en la encuesta de empleo realizada por la Universidad de Chile, en la cual se distingue la categoría "servicios domésticos" en la población ocupada según actividad económica. Según esta encuesta, el número de mujeres ocupadas en los servicios domésticos habría pasado de 119.670 en 1982 a 157.240 en 1988, lo que representa en ambos casos el 10 por ciento de la población ocupada total de la ciudad. Esto estaría indicando una relativa estabilidad de la participación relativa de este tipo de ocupación en el empleo total.

El servicio doméstico continúa siendo realizado por mujeres migrantes nacidas en zonas rurales. El camino de la migración pasa a menudo por una ciudad intermedia. Las mujeres migrantes ya no provienen de las provincias agrícolas del valle central. Por lo general, son originarias de pequeños pueblos ubicados en regiones agrícolas atrasadas, como las zonas costeras o cordilleranas del sur. Las muchachas comienzan trabajando a muy temprana edad, 9 o 10 años, en casas particulares cercanas a su lugar de origen.

La decisión de partir a la ciudad ocurre más tarde, entre los 16 y 18 años. Las principales motivaciones para partir son el deseo de liberarse del control social de los padres y/o de los habitantes del pueblo de

origen, la necesidad de procurarse un ingreso para ayudar a la familia, y la obtención de un ingreso para criar al primer hijo.

En muchos casos, las muchachas que emigran a la ciudad son madres solteras que no pueden seguir viviendo con su familia. Dejan el hijo al cuidado de la madre y parten a la ciudad en busca de empleo.

Es interesante notar que este tipo de empleo no se transmite a las hijas. Ninguna de las empleadas domésticas entrevistadas era hija de empleada doméstica. Más aún, la principal motivación de estas mujeres es trabajar para darle educación a los hijos, y así asegurarse que no tendrán que trabajar en lo mismo. Muchas de ellas declaran que seguirán trabajando hasta que sus hijos tengan una profesión. Esto indica que se trata de una ocupación que tenderá a desaparecer o a profesionalizarse, en la medida en que se vaya agotando la frontera de reclutamiento en las zonas rurales. Esto ya estaría ocurriendo en ciertas regiones a raíz de la modernización de la agricultura, con el desarrollo de la actividad forestal y de la industria pesquera. En las regiones agrícolas de exportación, la principal actividad de las mujeres es el trabajo como temporeras en las tareas frutícolas. En zonas costeras se emplean en la industria de productos del mar (conservas, industria salmonera).

El deseo expresado por las empleadas domésticas de evitar que sus hijos caigan en la misma condición refleja la desvalorización social de esta actividad. La empleada doméstica está consciente de que ejerce una actividad estigmatizada socialmente y, por lo tanto, no busca una mayor calificación. Por ejemplo, ninguna empleada doméstica entrevistada tomaba cursos de capacitación. Las aspiraciones de movilidad forman parte de una fantasía que no se materializa en proyectos concretos.

El servicio doméstico es un oficio donde la única posibilidad de movilidad profesional pasa por buscar otro empleo. La empleada en el sector sólo puede aspirar a un mejoramiento del salario o de las condiciones de vida. Esto lo logra fortaleciendo su capacidad de negociación con la empleadora, o bien buscando otro empleo mejor remunerado.

Una forma reciente de movilidad para las empleadas domésticas, que se traduce en un cierto cambio de estatus, es el trabajar en forma diaria, y no permanente, en una o varias casas.¹² La clave para lograrlo es obtener una vivienda. En la medida en que el ingreso es insuficiente para el arriendo de una vivienda, sólo el acceso a programas sociales de vivienda, o el matrimonio, les permite independizarse. Ocurre, sin embargo, que ambas vías son escasas. La capacidad de ahorro es baja y el matrimonio es más difícil cuando ya se tiene uno o dos hijos.

Esto nos lleva a concluir que el servicio doméstico es un empleo de llegada. La situación es paradójica, pues la muchacha emigra desde el campo con amplias expectativas sobre la independencia que logrará en la ciudad. Una vez empleada en el servicio doméstico, se va a encontrar en total dependencia, alojada en una vivienda ajena y con familia ajena. Mientras realiza sus labores está aislada del mercado del trabajo. Tiene derecho a una o dos tardes de descanso en la semana, las que aprovecha para realizar sus compras. De esta manera se mantiene fuera del circuito donde se presentan las oportunidades de empleo. De hecho, la mayoría de las empleadas domésticas entrevistadas declaró haber buscado otro tipo de empleo, pero parecen más bien resignadas a que su condición les impide progresar.

4. Las formas de un asalariado "limitado"

Como hemos visto, el método biográfico permite reconstruir los itinerarios más típicos seguidos por la empleada doméstica y el obrero de la construcción. Los relatos de los entrevistados también entregan información sobre las condiciones de empleo, las formas que adopta el trabajo asalariado y las oportunidades que abre. Si se comparan las formas de inserción de ambos grupos, llama la atención la importancia del género.

El empleo en la construcción y en el servicio doméstico presenta características comunes, en cuanto forman parte de los sectores menos calificados de la estructura del empleo. Son empleos de fácil acceso, los salarios son bajos, y los contratos son vulnerables a la inestabilidad económica y a la discrecionalidad patronal. Estas características hacen que trabajar en tales actividades sea casi sinónimo de entrar a formar parte de esa franja de la población que vive en los márgenes de la sociedad. Una mujer que trabaja como empleada doméstica no tiene un grupo de referencia claro mientras no forme su

propia familia. El obrero de la construcción, mientras no adquiera una calificación, puede encontrarse en cualquier momento empezando desde cero.

A pesar de las similitudes, veremos que se trata de dos tipos de asalariado diferentes. Los empleos de la construcción están estructurados en torno a un sistema salarial. Aunque existe una franja de pequeñas empresas y de empresas subcontratistas que no cumplen con la legislación social, en general en el sector existen relaciones contractuales entre empleadores y obreros. Esto significa que el empleo está regido por un conjunto de derechos y deberes. Se respeta un máximo de horas trabajadas por semana, más allá de las cuales se cancela una remuneración adicional. Existe un salario de base y un sistema de trato para el trabajo por rendimiento. Además del sueldo, se cancela a cada trabajador los domingos y festivos,¹³ un bono por movilización, las horas extraordinarias y las asignaciones familiares.

En la construcción, el trabajo cotidiano se asemeja al trabajo de la industria. En la realización de las tareas el obrero goza de una cierta autonomía y de independencia respecto del empleador, el que se limita a delegar en un capataz la supervisión de los trabajos. Se ha generalizado el sistema de pago en función del rendimiento. Cada trabajador busca cumplir con su "trato", lo que implica un trabajo intenso y despersonalizado. Se puede decir entonces que el obrero de la construcción, aun no calificado, está en una situación definida por un conjunto de normas que fijan los límites a la relación empleador-asalariado. La precariedad de su situación proviene no tanto de su rol en el proceso productivo, como de la inestabilidad en el empleo, ya que el contrato termina con la obra en construcción.¹⁴

Muy diferente es el estatus de la mujer no calificada que trabaja como empleada doméstica. El servicio doméstico representa una actividad más estable pero peor definida, lo que significa menor respeto por el espacio de autonomía del trabajador. En Chile el contrato de trabajo para las empleadas domésticas es obligatorio y se ha generalizado su aplicación. No obstante, esto no significa que la empleada se encuentre en una situación de asalariada, con relaciones contractuales claras y con un trabajo bien definido en materia de horarios y retribuciones adicionales. Existe ciertamente un conjunto de derechos y deberes, pero éstos no son explícitos y están sujetos a la discreción de una relación paternalista con el empleador. Todavía se puede decir que la remuneración de una empleada doméstica no es el precio de su trabajo, sino la contraparte de una subordinación. Esto implica una disponibilidad total en materia de horarios y tareas respecto del patrón.

Siendo el trabajo doméstico considerado un rol femenino y no un trabajo, el servicio doméstico asalariado se rige por las mismas normas del trabajo de toda dueña de casa. Por lo tanto, no tiene horario fijo, la empleada puede ser interrumpida en sus horas de descanso, trabaja los días feriados, no tiene descanso dominical obligatorio. La legislación laboral no contempla una jornada de trabajo de 48 horas semanales, como para el obrero de la construcción, sino solamente un mínimo de diez horas de descanso diarias (Todaro, Gálvez 1987).

A esta disponibilidad se agrega una indefinición de las tareas domésticas. La empleada doméstica está contratada para realizar el trabajo que corresponde a toda mujer.

Trabajo hace siete años con un viudo. Soy la dueña de casa, incluso manejo el auto. Como dueña de casa, mantengo toda la casa. (Lorena, 33 años, soltera).

Hay gente que se avergüenza de ser empleada doméstica. Pienso que es un trabajo limpio, es como estar en su propia casa. La diferencia es que allá uno también tiene que hacer las cosas, pero no le pagan a una. Además no tiene días de salida. (Berta, 35 años, madre soltera).

Esta aproximación del empleo y del rol doméstico de toda mujer evita que se le dé un reconocimiento profesional a la labor remunerada de la empleada doméstica. Las propias interesadas consideran su trabajo como una actividad honesta pero banal, que no otorga la dignidad de un empleo asalariado.

Distinto es el destino del trabajador que ingresa a la construcción, donde adquiere la disciplina del trabajo asalariado, y desde donde puede concebir otros proyectos. El espacio de libertad y de autonomía también es diferente en ambos casos. No es concebible, en el marco de los valores culturales latinoamericanos, que el hombre trabaje en el servicio doméstico y la mujer en la construcción.

Esta situación está evolucionando, ya que con la industrialización van aumentando las oportunidades de empleo asalariado para la mujer. El propio servicio doméstico se profesionaliza y disminuye la subordinación personal de la empleada. Pero mientras exista el problema de la vivienda y de la condición social de la mujer, es difícil que la empleada doméstica pueda conquistar una cierta autonomía en tanto asalariada.

5. Movilidad profesional y movilidad social

Los estudios de movilidad social operan por lo general a partir de la reconstrucción estadística de diferentes "estados", considerados de valor diferente, a los cuales tiene acceso un individuo o familia. Dichos "estados" están definidos por un conjunto de variables que configuran un cierto *estatus* social (ingreso, educación, vivienda, consumo). Luego se observa el paso sucesivo de los individuos entre diferentes estados y se concluye si existe o no movilidad social, y cuáles fueron los canales de la movilidad (educación, capital, matrimonio, etc.). En este marco, la movilidad es (por lo general) entendida en términos ascendentes.

Este tipo de lógica no se puede aplicar en el caso de poblaciones precarias cuya existencia está más marcada por la lucha por sobrevivir e insertarse en la sociedad que por proyectos de movilidad. El destino social de los individuos está más relacionado con los movimientos de entrada y salida del asalariado, los períodos de cesantía, los empleos informales, la falta de continuidad en la protección social, que con variables de origen.

Tomemos algunos casos a modo de ejemplo:

Ramón nació en 1958 en Valparaíso, de un padre repartidor de pan y madre empleada doméstica. Cursó hasta sexto año básico y terminó séptimo y octavo estudiando de noche. Comenzó a trabajar a los 7 años debido a las malas condiciones económicas de su madre, como ayudante en la feria. A los 14 años entró a trabajar en la construcción. Entre 1975 y 1980 realizó diversos oficios, como pintor de automóviles en San Felipe, como ayudante de electricista en Algarrobo, como ayudante de carpintero en Valparaíso. Entre 1980 y 1983 estudió en Inacap para "técnico en construcción". En 1983 ingresó al POHJ como supervisor con un salario muy bajo. Sus padres fallecieron en 1985 y el contrajo matrimonio en 1986. Su esposa comenzó a trabajar como empleada doméstica puertas adentro y él partió a Argentina a trabajar en la construcción. Regresó por motivos familiares y desde 1989 trabajó en la obra del Congreso como carpintero, pero lo despidieron a raíz de un accidente. Actualmente busca trabajo: "Ahí donde está el trabajo hay que ir". No ha logrado hacer valer su certificado de estudios.

Pedro nació en Limache, el menor de cinco hijos. No conoció a su padre hasta los 18 años. Fue criado por el abuelo, obrero agrícola. Comenzó a trabajar de niño en tareas agrícolas. Al terminar el servicio militar, partió a Viña del Mar. En esa misma fecha contrajo matrimonio. Su padre, que trabajaba en la construcción, le consiguió empleo. Comenzó como jornalero y luego le tocó reemplazar a un ayudante. Al poco tiempo, el maestro con el cual trabajaba pidió que lo dejaran como ayudante exclusivo. Ese maestro le enseñó el oficio de albañil. Siguió con él a otras obras y así aprendió cómo trabaja un maestro. Luego se independizó y trabaja como maestro y como jefe de obra. Le gusta su trabajo, pero dice soñar con tener tierras de su propiedad.

Margarita tiene 33 años, soltera y dos hijos. Nació en Quirihue, donde estudió hasta séptimo año básico. Dejó los estudios, porque no le interesaban. A los 15 años partió a buscar trabajo como empleada doméstica en Concepción, donde permaneció cinco años trabajando. Debido al salario insuficiente, decidió partir a Santiago, donde pagaban más. Llegó a la casa de una hermana y a través de ella consiguió un trabajo. Al poco tiempo quedó embarazada, debiendo regresar donde sus padres. Cuando el hijo cumplió un año, regresó a Santiago. Trabaja puertas adentro desde hace cinco años, lo que le permite enviar dinero a sus padres para criar a su hijo. Tiene un novio, conserje de un edificio, pero no tienen proyectos matrimoniales por la falta de vivienda.

Lucía tiene 32 años, originaria de Santa Cruz, hija de campesinos. Cursó hasta quinto año básico. A los 19 años se vino a conocer Santiago con un vecino. Llegó donde su hermana que trabajaba como empleada doméstica. Un par de meses después, su tía la convenció de entrar a trabajar. De su primer empleo la echaron por haber salido sin permiso. Ha trabajado en ocho casas. Venía llena de proyectos a Santiago, quería estudiar, pero "las patronas no le han dado permiso".

A través de estos resúmenes de biografías, vemos que el paso por el mercado de trabajo está atravesado por variables sociales. Según la teoría económica clásica del interesado, el individuo se presenta en un mercado a negociar con potenciales empleadores. Su salario se determina en función del exceso o escasez de mano de obra y de su capital humano en educación. El resto de su carrera profesional dependerá de lo que vaya acumulando, lo que le confiere una cierta capacidad de negociación: educación, experiencia, calificación. Pero, ¿qué ocurre con las poblaciones sin calificación que tiene dificultades sociales para educarse?

Las biografías ocupacionales muestran que la realidad es más compleja que la teoría, ya que la entrada en el asalariado se realiza en un espacio social construido, lo que puede significar límites y barreras (no económicas) a la salarización. Para un joven sin calificación, sus posibilidades de inserción laboral están en estrecha relación con su inserción en la ciudad, con su sexo, y con los recursos familiares.

Un factor determinante, tanto para los migrantes como para los no migrantes, es la forma de inserción en la ciudad. Las perspectivas son, sin embargo, muy diferentes para el hombre o la mujer. Veíamos que, por lo general, la empleada doméstica es de origen rural. La muchacha que emigra lo hace porque es madre soltera y necesita un empleo remunerado. Deja al hijo en el campo con la familia y parte a la ciudad. Ahora bien, una mujer joven, sin oficio, no puede simplemente llegar a la ciudad en búsqueda de trabajo. El control social funciona de tal manera, que la muchacha debe ser confiada a una persona de confianza, un pariente o conocido de la familia, que asegure que la muchacha no "estará en la calle", lo que es casi sinónimo de ejercer la prostitución. Una mujer joven debe tener un domicilio, una residencia.

El caso del hombre es diferente, porque no existirá sospecha alguna sobre un muchacho que se encuentra solo en la ciudad, el que podrá moverse libremente hasta encontrar una inserción. Al terminar el servicio militar obligatorio, el muchacho entra en el mercado de trabajo y se mueve en la ciudad en plena autonomía. El empleo en la construcción representa una alternativa, o bien el trabajo en el comercio y servicios. La vivienda es también importante para él, pero se trata de una necesidad que puede postergarse hasta el momento en que contrae matrimonio.

El disponer de un espacio donde residir es una necesidad de tal importancia para una mujer joven, que pasa también a limitar sus alternativas de ocupación. Una muchacha joven, soltera, que no tiene familia ni vivienda propia, no tendrá otra alternativa que el servicio doméstico, mientras no contraiga matrimonio o disponga de un cuarto propio. Hemos constatado, al igual que en otros países, que la principal diferencia entre empleada puertas adentro y empleada puertas afuera es que esta última dispone de una vivienda (Girard 1991).

La familia representa no sólo un domicilio, sino también una fuente de apoyo y de relaciones. Para la búsqueda de empleo en la ciudad, los miembros de la familia pueden facilitar información y contactos sociales. El joven percibe poco a poco que la inserción en el mercado de trabajo pasa por la activación de una red de contactos útiles en la búsqueda de empleo. La muchacha puede retirarse de un empleo y recurrir temporalmente a la vivienda de algún familiar. El proceso de partida a la ciudad y de búsqueda de un empleo es en general manejado por la familia. Las empleadas domésticas declaran haberse venido donde un pariente a la ciudad. La hermana o la tía le consiguen el trabajo y la presentan al empleador. Distinto es el caso del hombre, en cuyas biografías no aparece esta dimensión.

También hemos encontrado casos en que la situación familiar interviene negativamente, empujando al individuo hacia las fronteras de la exclusión. La muerte prematura de los padres, la ausencia de padre, la necesidad de asumir la crianza de hermanos menores, son todos factores que frenan una buena inserción profesional. Este tipo de situaciones es muy frecuente en Chile; no así en la Argentina, donde la cohesión familiar influye positivamente en la búsqueda de estabilidad ocupacional (Montero 1986).

Lo anterior confirma la hipótesis de Godard y Bouffartigues, en el sentido de analizar conjuntamente movilidad geográfica, profesional y familiar. Los sucesos que tienen importancia en la trayectoria futura tienen que ver con el ciclo de vida, con eventos familiares, con decisiones profesionales. El joven que decide casarse suele cambiar de lugar de habitación y de empleo. Lo mismo puede ocurrir con el nacimiento del primer hijo, lo que afecta también las posibilidades de trabajar de la mujer.

En los países latinoamericanos es frecuente que la unidad familiar esté compuesta solamente por la mujer, jefa de hogar, y los hijos. En estos casos se acentúa la presión por obtener un trabajo asalariado

(García y Oliveira 1991). Como hemos visto, esto es decisivo en el caso de la empleada doméstica que no logra conciliar su maternidad con el trabajo, y que debe abandonar a los hijos. El círculo de la precariedad se reproduce, pues ese hijo debe comenzar a trabajar en forma precoz.

6. Representaciones y proyectos

Una de las principales críticas que se ha hecho al método biográfico es el riesgo de recoger sólo la versión subjetiva que el entrevistado quiere presentar de su vida.¹⁵ Pensamos que este riesgo existe, pero que es justamente esa reconstrucción subjetiva lo que permite llegar a un nivel de análisis que le está vedado a otros métodos, es decir, el del significado y las representaciones.

La pregunta que nos hacemos es la siguiente: ¿cómo se representan los trabajadores con trayectorias precarias el trabajo que realizan? Es evidente que el significado del trabajo varía según el estrato social, entre las clases dirigentes, los sectores medios y las clases populares. Siguiendo una tipología de García y Oliveira (1991), se pueden concebir las siguientes alternativas:

- a) El trabajo como carrera, concebido como parte de un proceso de movilidad profesional.
- b) El trabajo para mantener un cierto estatus, asociado a un proceso de movilidad social.
- c) El trabajo como actividad secundaria, como complemento de una vida principalmente doméstica de la mujer.
- d) El trabajo como algo útil y satisfactorio, la valorización del trabajo en sí.
- e) El trabajo como medio para la educación de los hijos.
- f) El trabajo como necesidad, para la sobrevivencia.

Para los sectores populares analizados, la urgencia de la sobrevivencia es tal, que casi todas estas representaciones del trabajo (con excepción de la última) parecen muy lejanas. La situación de precariedad impregna todo el relato de la vida ocupacional, como si a estos individuos les estuviera vedado el hacer proyectos. Sin embargo, su propio discurso deja ver las variadas representaciones del mercado de trabajo y del empleo.

Existen claras diferencias en la representación del trabajo que tienen los dos grupos de obreros de la construcción a que nos referimos (jornaleros y maestros). Ellas se manifiestan en su discurso, en la forma en que responden a la pregunta "usted, ¿en qué trabaja actualmente?" El primer grupo, los jornaleros, responde refiriéndose al lugar geográfico donde se realiza la obra de construcción o bien al nombre del edificio o del conjunto habitacional. Por ejemplo, "trabajo en San Fernando", "estoy en el edificio Los Maitenes".

Los obreros del segundo grupo, los maestros, que son aquellos que han desarrollado una cierta carrera profesional, responden en cambio refiriéndose al oficio con el cual se identifican, aunque no sea el que está ejerciendo en ese momento: "soy carpintero", "yo soy gáster".

La diferencia de estatus entre unos y otros puede no ser visible, pero el tipo de identidad profesional es muy diferente. Para los primeros, el trabajo es solamente necesario para la sobrevivencia, y su significado se acerca al origen etimológico de la palabra, el trabajo como sufrimiento. Para los más calificados, los que ejercen un oficio, el trabajo en la construcción tiene un valor en sí. Los siguientes extractos de biografías ejemplifican las diferencias en las formas en que ambos se representan el trabajo.

Hace cuatro meses que estoy en esta obra. Ahora me pusieron a preparar la mezcla. Pero yo le hago a cualquier cosa. Cuando uno ha trabajado cuatro años como jornalero en la construcción, uno tiene todos los días el mismo ritmo. Si me dicen que mañana tengo que subirme arriba a fijar las cerchas, puedo hacerlo. Si el tipo es listo, puede hacer de todo. (Samuel, jornalero, 41 años).

Soy carpintero. Me tienen a cargo de todo lo que sea carpintería: hago las puertas, las terminaciones, todo el trabajo de detalle. Cuando esta obra se acabe, buscaré otra cosa. No tengo problemas para reubicarme.

Aunque me gustaría trabajar por mi cuenta. A uno le gusta hacer las cosas a su manera; después de todo, los años de experiencia no pasan en vano. (Juan, carpintero, 46 años).

En ambos casos se trata de obreros que han pasado parte importante de su vida activa en la construcción. Ingresaron con las mismas características, es decir, sin experiencia ni calificación. Su discurso refleja, sin embargo, trayectoria e identidades diferentes. En un caso, la trayectoria de la precariedad, de la disponibilidad total frente a la necesidad de trabajar. En el otro, una mayor conciencia del capital propio, basado en el aprovechamiento de una experiencia profesional.

La diferencia en las representaciones no es una cuestión de estudios. Así lo expresa este obrero:

La construcción es el lugar donde trabaja aquel que tiene poco estudio. Es un lugar donde no se necesita un diploma. Siempre consideré que sexto básico era poco para mí, pero para muchos ya es demasiado. Yo sé leer, escribir, multiplicar, dividir, como lo sabe cualquiera, pero es distinto. Aquellos que tienen dos o tres años de escuela secundaria se expresan mejor, son más rápidos de mente. En cambio, yo en la construcción tengo algo que otros no tienen: ellos trabajan por las circunstancias, yo trabajo también por eso, pero además me gusta. Siempre me gustó. (Pablo, 28 años, B. Aires, 1987).

Existe, entonces, una posibilidad de identificación donde el trabajo es un valor en sí, es una representación ligada al contenido profesional de éste, que no se asocia necesariamente con una carrera o proyecto de movilidad o acumulación. Para los que no se identifican con un oficio y no valoran el contenido del trabajo, el empleo en la construcción es sólo para alimentarse. Pero ambos pueden concebir proyectos. Los proyectos del obrero de la construcción giran en torno al trabajo independiente. Se trata de una aspiración realista, pues muchos subcontratistas de la construcción son de origen obrero. Comienzan como intermediarios de mano de obra para luego formar su pequeña empresa. Son proyectos de movilidad social.

Muy distinto es el caso del trabajo para la empleada doméstica. Como veíamos, esta actividad está muy desvalorizada socialmente y representa una solución para mujeres sin calificación, de origen rural que tienen urgencia de trabajar. El servicio doméstico está definido como un conjunto de tareas domésticas realizadas por mujeres remuneradas. El aprendizaje se realiza en la familia de origen y siempre en la esfera doméstica. El trabajo no es concebido como un valor en sí, como fuente de satisfacción. La empleada doméstica es una mujer que, por su condición social, reemplaza a otra para que ésta se libere de sus tareas domésticas. El deseo de que las hijas no sean empleadas domésticas refleja una representación social negativa: la sociedad le devuelve una mala imagen.

Me gusta lo que hago, pero este trabajo es mal mirado. Si uno va a una oficina a hacer un trámite, se le nota que una trabaja en casa. Será por lo tímida, por lo humilde, pero la miran mal y la tratan en forma prepotente. En cambio a una señora bien arreglada la tratan inmediatamente bien. Se le nota que no es empleada. (Norma, 38 años, trabaja como empleada doméstica desde los 9 años).

Tratándose de una empleo tan poco valorado por la sociedad, cabe preguntarse qué significado positivo puede tener éste para la mujer. Veíamos que en el caso de la muchacha joven migrante, el servicio doméstico representa una solución de inserción en la ciudad y el sueño de la gran ciudad. Tener libertad, pasarlo bien, comprar muchas cosas. Al poco tiempo viene la desilusión, una ciudad grande en la que ellas "se pierden", la gente no es amable, se pueden comprar cosas pero no se puede ahorrar.

Durante los primeros años de actividad, la empleada imagina un futuro diferente, ser enfermera, ser doctora, trabajar en una peluquería, etc. Algunas siguen cursos de moda, de educadora de párvulos, pero nunca buscan trabajo en esos oficios. Una de ellas declara con los ojos humedecidos: "Me doy cuenta de que tenía muchos proyectos, pero no los he realizado". Pasan los años y percibe que está bloqueada, que no tiene capacidad de ahorro y que tampoco podrá dejar fácilmente ese empleo. La importancia del trabajo se desplaza desde su persona a la de sus hijos. La empleada declara entonces trabajar para que sus hijos se eduquen. Su proyecto pasa a ser el proyecto del hijo.

Las perspectivas de movilidad social de la empleada doméstica son muy escasas. La distancia entre el medio social de origen y el medio social en que ella trabaja es un tema delicado. Muchas empleadas

domésticas de origen rural declaran ir de vacaciones a visitar a su familia al campo, pero no resisten mucho tiempo. La vida rural no tiene las comodidades a las que ya se acostumbraron.

No volvería al campo. Llueve mucho, es muy sacrificado, hay que ir al pueblo a pie a comprar, una llega mojada y embarrada. Lo bueno es que la gente del campo es amable, están dispuestos a ayudar a cualquiera. Aquí cada uno mata su pájaro. (Juanita, 26 años).

Si me casara tendría que cambiar de barrio, vivir en un lugar alejado de todo, donde no hay buenos colegios. Tendría otras amistades, menos comodidades. En suma, más esfuerzo por menos bienestar. (Norma, 38 años, se emplea con su hijo de 10 años).

El trabajo como empleada de casa particular constituye una socialización a otro modo de vida, que aleja a la empleada de su medio de origen. Entonces, la empleada doméstica vuelca su fantasía en las telenovelas, en el modo de vida que se expresa en el mundo del romance. De ahí que el matrimonio se represente como la única posibilidad de cambiar de posición social. Pero la relación con el hombre no siempre es positiva. Algunas ya han tenido malas experiencias y declaran valorar más su independencia. Para las que son madres solteras, sus proyectos se concretizan en los hijos. Si bien en muchos casos los hijos quedaron en el campo, desean lo mejor para ellos y siguen trabajando "para mandarles algo".

En síntesis, el empleo en el servicio doméstico no ofrece un espacio para una identificación profesional positiva, en la medida en que no logra trascender la esfera de lo doméstico. Aunque se trate de un trabajo remunerado, regulado por un contrato, su definición es inseparable de lo que es la imagen social de la mujer en el espacio privado.

Conclusiones

Las biografías de hombres y mujeres ocupados en empleos de fácil acceso demuestran que el ingreso al mercado de trabajo se realiza en un espacio social construido. El mercado de trabajo de empleos poco calificados es un espacio donde se dan trayectorias profesionales que pueden o no ser exitosas, en el sentido de que permiten la adquisición de un oficio valorizado social y económicamente.

A primera vista, las biografías expresan el desarrollo bastante errático de una vida marcada por la necesidad de sobrevivir. Los obreros de la construcción y las empleadas domésticas declaran haber buscado trabajo por necesidad y haber cambiado de empleo en función de las circunstancias. Son poblaciones en las cuales es inútil buscar una progresión profesional ascendente, una carrera lineal. Esto no significa que el análisis de la movilidad sea imposible. Mediante el método biográfico se puede identificar no carreras, pero sí trayectorias más o menos exitosas y establecer los vínculos que se establecen entre lo social y lo profesional.

En este tipo de análisis sobre las posibilidades abiertas a empleos de baja calificación, la diferencia de género aparece como decisiva. Las posibilidades de inserción social del obrero de la construcción pasan por su capacidad de adquirir un conjunto de conocimientos prácticos, un "saber hacer" que es propio de un oficio. Es sobre la base de la calificación, reconocida socialmente, que él asciende y supera los empleos precarios; puede mejorar su ingreso, tener acceso a la vivienda y desarrollar un proyecto familiar.

La condición social de la mujer se manifiesta e impregna su destino profesional. Lo que la mujer negocia en el mercado de trabajo urbano es antes que nada su condición social y es ésta misma condición la que le resta posibilidades de movilidad profesional. La movilidad social de la mujer que ocupa empleos precarios, como el servicio doméstico, no pasa por la esfera del trabajo, sino por la esfera social: el matrimonio, la educación de los hijos. A su vez, la desvalorización del trabajo doméstico lleva a una falta de identificación profesional con él. A pesar de que la empleada doméstica adquiere una calificación real, ésta no es reconocida socialmente.

Con base en los datos presentados, se puede decir que en los estratos populares, la relación entre familia y mercado del trabajo no pasa tanto por el capital financiero o cultural, como en el caso de las clases medias, sino más bien por la existencia de un ambiente familiar favorable o desfavorable a la inserción laboral. Una socialización temprana en un oficio de la construcción, con algún familiar, es la

base para una trayectoria más profesional. La familia puede facilitar el proceso de profesionalización, como también impedirlo por la carga de los imperativos de la sobrevivencia. Es el caso de la joven madre soltera que debe abandonar los estudios y también de los hijos de madre soltera.

El uso de las biografías ocupacionales permite así identificar cuáles son algunas variables relevantes para la integración y la movilidad social. El método puede entonces ser utilizado en forma previa a estudios cuantitativos o encuestas de empleo, metodologías que están mejor diseñadas para medir la frecuencia y extensión de ciertos comportamientos.

NOTAS

1. La recolección de datos se realizó para el proyecto "La mise en forme de la mobilité par l'emploi", dirigido por B. Lautier, financiado por el Ministère de la Recherche de Francia y realizado en Brasil, Colombia y Chile. Se recogieron 26 biografías de empleadas domésticas en Santiago, y 25 biografías de obreros de la construcción en Valparaíso.
2. Estudios sobre los obreros de la siderurgia en México (1986), los trabajadores de la construcción en Argentina y Chile (1988), empleadas domésticas y trabajadores de la construcción en Chile (1991).
3. Según datos del Instituto Nacional de Estadísticas (INE).
4. El Programa de Empleo Mínimo (PEM) fue creado en 1975 y el Programa de Ocupación para Jefes de Hogar (POJH) como paliativo transitorio a la desocupación. Los trabajadores inscritos realizaban trabajos municipales menores y tareas de construcción a cargo de las municipalidades. En 1983 estos programas cubrían a 500.000 personas en todo el país y a 190.000 en la Región Metropolitana (Duhart 1984).
5. Las cifras de empleo corresponden al trimestre Abril-Junio de 1992, de la Encuesta Empleo.
6. Variación de la edificación según datos del INE.
7. Analizamos en esta parte 27 biografías recogidas en obras de vivienda social en el Gran Santiago en 1985 y 26 biografías de obreros empleados en la construcción del Congreso en Valparaíso en 1991.
8. El Tarifado de la construcción fue suprimido durante el régimen militar. Actualmente los sistemas de pago actuales se basan en un salario fijo al día y una remuneración variable según el rendimiento (pago a trato).
9. El maestro puede llegar a ganar hasta el doble de un jornalero por la vía de los trabajos a trato.
10. D.L. 2200, 15 de junio de 1978.
11. El Censo de Población y Vivienda de 1992 distingue esta ocupación en sus dos categorías, puertas adentro y puertas afuera, pero los datos no están aún disponibles.
12. En Chile se denomina *empleada puertas afuera* y *empleada puertas adentro*.
13. Se cancela la semana corrida, es decir los días trabajados más los feriados legales.
14. El obrero de la construcción es considerado en la ley como un trabajador temporal.
15. Véase el número especial de la *Revue Française de Sociologie* 31 (1989).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bateson, M. C. *Composing a Life*. New York: Plume Books, 1990.
- Benavente, D. *A medio morir cantando. Trece testimonios de cesantes*. Santiago: Aconcagua, 1985.
- Courgeau, D. & E. Lelièvre. *L'analyse démographique des biographies*. Paris: Collection de l'INED, P.U.F., 1989.
- Duhart, S., M. Echeverría & C. Larraín. "Diez años de régimen militar: efectos sobre los trabajadores de la construcción". *Documento de Trabajo* 35. Santiago: Programa de Economía del Trabajo, 1984.
- Dupaquier, M. et al. "L'insertion professionnelle". En L. Tanguy, *L'introuvable relation formation/emploi*. Paris: La Documentation Française, 1986.
- García, B. & O. Oliveira. "Maternidad y trabajo en México: una aproximación microsocial" (mimeo). El Colegio de México, 1991.
- . "El significado del trabajo femenino en los sectores populares urbanos". Ponencia presentada en el seminario "Mercados de trabajo: una perspectiva comparativa". Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, 1991.

- Girard Nunes, C. & L. Turchi. "Trajetórias e estratégias na questão dos empregos. As empregadas domésticas em Brasília" (mimeo). GREIT-IEDES, 1991.
- Lautier, B. "Citoyenneté salariale et qualification sociale: vers un modèle européen?" Paris: GREITD-IEDES, 1991.
- . "Fixation restreinte dans le salariat, secteur informel et politique d'emploi en Amérique Latine". *Revue Riers Monde* (Paris) 110 (1987).
- Lepenies, W. *Les trois cultures. Entre science et littérature, l'avènement de la sociologie*. Paris: Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1990.
- Mack, M.; P. Matta & X. Valdés. *Los trabajos de las mujeres entre el campo y la ciudad 1920-1982*. Santiago: Centro de Estudios de la Mujer, 1986.
- Montero, C. "L'espace social de la définition des identités professionnelles. *Cahiers des Sciences Humaines* (ORSTOM, Paris) 23 (1987).
- . *Espace industriel, espace social*. Paris: Groupe de Sociologie du Travail, CNRS, 1986.
- . "La industria de la construcción en Chile y Argentina" (mimeo). Paris: GST-ORSTOM, 1988.
- . "La evolución del empresariado chileno: surge un nuevo actor?" *Colección Estudios CIEPLAN* 30. Santiago, 1990.
- Peneff, J. (1990), *La méthode biographique*. Paris: Armand Colin, 1990.
- Raczynski, D. "Tipos de pobreza, Chile 1987". *Notas Técnicas* 146. Santiago: CIEPLAN, 1992.
- Todaro, R. y T. Gálvez. *Trabajo doméstico remunerado*. Santiago: Centro de Estudios de la Mujer, 1987.
- Valdés, T. *Venid benditas de mi padre*. Santiago: FLACSO, 1989.